

ESPEJISMOS Y HORIZONTES DE LA GEOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA

María Laura Silveira ¹

1. Doctora en Geografía. Profesora en el Departamento de Geografía, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo. Investigadora del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq) y de la Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo (FAPESP).

Dilemas pretéritos de la Geografía

Para discutir los problemas actuales de la Geografía tal vez sea necesario recurrir, aunque brevemente, a algunas ideas fundacionales. La historia de la disciplina revela largos debates que expusieron, lado a lado, conceptos y métodos aparentemente antagónicos. La tradicional fractura entre saber general y saber particular encuentra sus raíces en la antigua Grecia para conocer su sistematización en el pensamiento de Varenus que, a mediados del siglo XVII, ya proponía una geografía general y una geografía especial. Del aristotelismo a la denominada ciencia moderna, tal dilema se hace más complejo porque se asocia al inconveniente mayor de la formulación de leyes, en el momento en que la naturaleza pasa a ser triunfalmente separada del hombre. De un mismo golpe se condenaba la descripción de lo único, incapaz de volverse científica.

Más tarde, en la primera mitad del siglo XIX, Ritter refuerza, de algún modo, ambas vertientes. Se consolida, así, una tradición, que se profundizará con la institucionalización de la disciplina y que va a dificultar la clasificación de la geografía en el concierto de las ciencias.

Al tiempo que el más importante método del saber histórico era formulado por Hegel, la geografía se institucionaliza, en el siglo XIX, reforzando su vocación descriptiva. Fundadas en el método experimental, las denominadas ciencias de la naturaleza inician su camino ascendente de descubrimiento de las dinámicas del cosmos y de formulación de leyes. Un ir y volver de la realidad al laboratorio asegura los fundamentos de su científicidad. Mientras tanto, los saberes históricos comienzan a liberarse del ardid de lo único o lo general, a partir de la idea del movimiento de la razón. Sin embargo, la geografía parece quedarse a mitad de camino. La implantación de las primeras Cátedras de Geografía y la fundación de las primeras Sociedades

Geográficas sustituyen la pretensión de formular leyes por la elaboración de principios y aumentan su vocación por los inventarios.

Aún cuando criticara la propuesta de la geografía humana, en clara alusión a Ratzel, por considerarla sólo un nombre, Vidal de La Blache dirá que se trataba de un conocimiento más sintético de las leyes físicas que rigen las relaciones entre los seres vivos que pueblan la Tierra. Este enfoque, continúa diciendo el autor en sus célebres escritos publicados póstumamente como *Principios de Geografía Humana*, posibilitó finalmente superar las narrativas anecdóticas que, hasta el siglo XVI, no permitieron una verdadera clasificación geográfica.

Preocupada en descubrir las regularidades de tal relación, la geografía humana se completaba con su vertiente regional. Tomado de Le Play, el modo de vida, categoría externa de la geografía, se vuelve una categoría interna con el nombre de género de vida. Así es llamada la acción metódica del grupo que modifica el paisaje en un dominio natural. La región natural se transforma en región histórica. Y una cierta sinonimia entre región, paisaje y género de vida queda, de ese modo, afirmada.

El estilo científico-literario por excelencia era la monografía regional, cuya legitimidad parece, aún, incuestionable. Tanto más ganaba fuerza tal género cuanto la geografía quería diferenciarse de la pretendida amenaza de la morfología social de Durkheim y Mauss. La opción por el estudio de lo que es único se sostenía por la investigación de campo con la observación del paisaje en la escala regional. Vista como ciencia ideográfica, la geografía procuraba establecer también el famoso puente entre el conocimiento de la naturaleza y el conocimiento de la sociedad.

No era muy diferente la preocupación de Sauer de encontrar un objeto y un método concretos para la disciplina, aunque los resultados fuesen claramente otros. El paisaje cultural, que revelaba la diferenciación en áreas de la superficie terrestre y era aprehendido por un método evolutivo pero específicamente histórico, no dejaba de ser una relación entre postulados generales y elementos locales concretos. Éstos eran los vestigios materiales de las formas de alimentación y religión, de los instrumentos agrícolas, de las creencias que influyen los comportamientos, de las decisiones de

localización de la habitación, de las prácticas de trabajo, de las relaciones sociales y culturales.

En las antípodas de tal propuesta teórica, surge la visión corológica con Hettner y Hartshorne – tal vez la primera y más consolidada propuesta deductiva en la geografía después de la revolución científica. La naturaleza unitaria de la disciplina era dada por el método de estudio y no ya por los materiales estudiados. El concepto de área adquiere prioridad en ese esquema teórico, al tiempo que la elección y delimitación de las áreas se vuelven atribuciones del investigador. No se supera el problema de los límites, pero su discusión parece pasar de lo empírico para la reflexión del geógrafo. El espacio como categoría *a priori* del pensamiento, idea concebida por Kant, reaparece en esta visión. Con los agregados de la experiencia, el espacio pasa entonces a ser entendido como extensión.

Cuando en Europa y Estados Unidos comienza a desarrollarse la ciencia regional, a partir de mediados del siglo XX, inspirada en los problemas del crecimiento económico y la falta de justicia socio-espacial, los esfuerzos de abstracción y cálculo, amparados en una fuerte base matemática y económica, contribuyen a la elaboración de una visión geométrica del espacio. Esta concepción traspasa a la geografía, una disciplina cuyo vocabulario ha sido tradicionalmente permisivo. Los especialistas formulan leyes fundamentales de distribución de actividades en el espacio así como propuestas de desarrollo inspiradas en la preocupación con las disparidades económicas regionales. La idea de región retorna, en el seno de una discusión sobre los problemas de la operacionalización. Recordemos las propuestas de Perroux y su discípulo Boudeville, cuyas obras se vuelven referencias para el ejercicio de la planificación en América Latina. Es necesario señalar que toda una geografía aplicada se desarrolló, especialmente a partir del trabajo de Dudley Stamp en Inglaterra, cuyo diálogo con la ciencia regional no puede ser olvidado. Era el principio de los *social surveys*, modelo de investigación geográfica y de planificación del espacio que alcanzará amplia difusión.

Sin embargo, podríamos decir que la corriente que va a entronizar la perspectiva geométrica del espacio es la llamada *new geography*, cuya hegemonía en los países anglosajones corresponde a las décadas de 1950 y 1970. En un mundo mecanizado y

motorizado, en la aurora de la informatización, la geografía aprovecha el abanico de instrumentos de trabajo y de técnicas y, provista de una fuerte base lógico-matemática, comienza a elaborar modelos, describir regularidades, cuantificarlas y comprobarlas. El espacio es, ahora, menos una porción diferenciada de la corteza terrestre y más una extensión homogénea y mensurable que, por medio de definiciones operativas, puede revelar la disposición de actividades humanas o de variables físicas.

Pasamos de las síntesis regionales a los modelos. El ejercicio de superposición de las variables, estudiadas a escala regional en el trabajo de campo, nos conducía a esa síntesis, prueba irrefutable de la singularidad de las relaciones entre el hombre y el medio en una porción del territorio, como quería Vidal. En las nuevas propuestas ya no se trata de describir y explicar una relación entre un grupo social y su entorno, caprichosa y única, sino de dibujar las disposiciones que toman los comportamientos sobre una extensión. Gracias a una civilización que conquistó la técnica, las aglomeraciones y los movimientos en el espacio-extensión son racionales, pueden ser calculados por fórmulas matemáticas, comprobados y representados en mapas, grafos y modelos. La geografía se desvencija de sus antiguos traumas, pues ahora puede abocarse al ejercicio de la anticipación. El problema del hombre ya no es la naturaleza hostil y la forma en que una técnica de cuño regional le permite aprovechar algunas posibilidades. En un espacio con importantes prótesis técnicas que anuncian la globalización, el problema del hombre es cómo superar las distancias en menor tiempo y con menor costo. Los espacios de la racionalidad están naciendo y, en ese camino, buena parte de los geógrafos se convence de que el gran desafío de investigación ya no es tal relación más o menos causal, sino las formas de consumo y superación del espacio. Espacio y extensión se convierten en sinónimos. La distancia operacionaliza la extensión y la escala, idea que atraviesa los siglos, hará dominante la perspectiva del *zoom* (M. L. Silveira, 2004). Poco importa que se hable menos de territorio, región y lugar, y más de espacio, área y punto cuando la geografía como ciencia de las localizaciones continúa siendo el alma de buena parte de las reflexiones (M. Santos et alli, 2000).

Los legados de esa perspectiva, erróneamente llamada cuantitativa, pueden ser reconocidos tanto en los esfuerzos del grupo Dupont con la aplicación de la teoría de los

grafos como, y especialmente, en el enorme esfuerzo de Brunet (1991) y su propuesta de los coremas. Estos son estructuras elementales del espacio, en otras palabras, el eslabón que falta a la teoría geográfica entre el espacio en general y los espacios particulares, entre la ciencia del espacio y el conocimiento de los lugares – contradicción clásica entre las perspectivas nomotéticas y las perspectivas ideográficas. Esa *démarche* deductiva e inductiva permitiría encontrar en las estructuras singulares de un espacio particular las estructuras elementales de un espacio en general. Vemos así las leyes de espaciamiento, distancia y gravitación y las acciones sociales de apropiación, explotación y comunicación. Se combinan puntos, líneas, áreas, redes y contacto, jerarquía, gravitación, sintaxis y semiología (R. Brunet, 2001), recordándonos, al mismo tiempo, las premisas del llamado positivismo lógico.

Una discusión, muchas veces interesante y tantas otras semántica, en torno de la supuesta diferencia entre territorio y espacio, parece fincar sus raíces, menos en el necesario concepto de soberanía ya apuntado por Ratzel, y más en la diferencia entre un territorio como dato concreto y empírico y una idea de espacio convertido en un dato matemático. De allí tal vez el abandono de nuestra categoría sintética por excelencia, el espacio geográfico. No pretendemos entrar aquí en ese debate. Pero tal vez sea interesante sugerir algunos puntos para la discusión.

Por lo tanto, una parte de la historia de nuestra disciplina, o por lo menos de aquella que logró una importante visibilidad, parece ofrecernos, *grosso modo*, dos vertientes principales, tanto más divorciadas cuanto consolidadas en sus métodos. De un lado, una línea que podríamos denominar más empirista, heredera de la geografía regional francesa y, de otro lado, una línea preocupada en alcanzar la formalización de las problemáticas de estudio, iniciada quizás con la corología y sofisticada con la *new geography* y sus respectivos desdoblamientos alienígenas e indígenas.

¿Es ese un dilema inexorable de la geografía? Ya Étienne Juillard (1962), preocupado en la construcción de lo que se dio en llamar una nueva geografía regional en Francia, afirmaba que la tradicional geografía regional había quedado desarmada delante de los problemas que se formulaban, es decir, los criterios de delimitación regional, la dimensión ideal de tales porciones del medio, las respuestas políticas a las

demandas sociales de equipamientos. Tal perplejidad y tal incapacidad de generar fórmulas de intervención, por parte de los geógrafos regionales, resultaban del empeño en conocer exhaustivamente una región determinada, sobre la cual habían hecho una monografía, tantas veces la tesis de doctorado de estado. Y el geógrafo francés era aún más severo al afirmar que, buscando los medios de acción, los hombres de gobierno recurrieron a los economistas que acababan de “descubrir” la región – en clara alusión a la ciencia regional. Pero los economistas, agrega, reflexionan sobre el espacio abstracto, las distancias físicas siendo expresadas en precio y tiempo.

Transcurrido medio siglo, el mundo cambió pero el dilema parece persistir. La incapacidad de resolverlo terminó por abrir la puerta a un alud de metáforas en nuestra disciplina (M. Santos y M. L. Silveira, 2000). Pero, en una verdadera paradoja, muchas de esas metáforas llevan los nombres de los conceptos fundacionales de la geografía.

Espejismos contemporáneos

La fragmentación actual de nuestra disciplina no es un acontecimiento aislado. Vivimos un período en que la especialización del saber surge como un imperativo. En esa dirección vemos una geografía que busca entender el mundo por el fragmento, una geografía con vocación para las cosas específicas a partir de ellas mismas. Se abandona, aún antes de emprenderse, el esfuerzo de teorizar que es una forma de actualización de las categorías y, en su lugar, se utilizan los conceptos de otras ciencias o algunas metáforas. El motor es, frecuentemente, el mercado en sus formas explícitas o subrepticias y el resultado es, muchas veces, una ramificación extrema. Es el reino de las geografías particulares. Si Camille Vallaux tuviese que escribir hoy su libro sobre las geografías particulares, ellas serían, ciertamente, otras...

Además, una cierta influencia anglosajona en los debates y en las agendas de investigación parece haber anunciado la muerte de la región, que pasa a ser sustituida por un discurso ecológico homogeneizador y ahistórico: la región como cuenca hidrográfica – un regreso a la propuesta de Buache – o como escenario de la erosión, una vuelta a lo natural como base de entendimiento de lo social bajo la fuerza del mercado.

El rechazo a entender el presente como un período desemboca, a menudo, en la aceptación acrítica y tranquila de la idea de posmodernidad. La desorientación se refuerza. Habríamos dejado de ser contemporáneos de nosotros mismos, pues vivimos un período que es pos. Es también la opinión de Féher (1994) cuando dice que nuestra primera inquietud hoy es que no estamos viviendo en el presente, no estamos donde estamos, sino “después”. El prefijo “pos” alude a nuevas tecnologías, a poderosos medios de comunicación de masa, a nuevas formas de conocimiento y a cambios en el sistema socio-económico. En definitiva, una ignorancia sobre la carga de modernidad que nos rodea.

Como escribió hace algunos años David Harvey (1992), el hecho más espantoso del posmodernismo es la total aceptación de lo efímero, de lo fragmentario, de lo discontinuo y de lo caótico. Una época rica en imágenes y pobre en conceptos.

Es un momento de metáforas espaciales. En esa avalancha el espacio resulta privilegiado. La palabra espacio sale de la geografía y de otras disciplinas territoriales para enriquecer el vocabulario de las más diversas áreas del saber, incluyendo la filosofía y la sociología, y vuelve a la geografía con esas acepciones para empobrecer su vocabulario. Una verdadera fertilización cruzada, origen y consecuencia de nuevas ambigüedades.

La metáfora es inherentemente yuxtapuesta pues revela una verdad, mientras la afirma como otra. Son interpretaciones delirantes de la actualidad como las de un Virilio que afirma que la velocidad provoca la pérdida del espacio material. Una vez más espacio y distancia son vistos como sinónimos, tanto más cuanto la extensión adquiere fuerza en el esquema de la geografía.

Por otro lado, la insistencia en la preeminencia del tiempo sobre el espacio y la consecuente desterritorialización y muerte de la región no ha despertado, entre los geógrafos, respuestas homogéneas. Por un lado, algunos de ellos dieron énfasis a la fragmentación del mundo actual, preocupados como estaban en la caracterización de los lugares, negando una inteligencia totalizadora. Por otro lado, algunos autores destacan

la homogeneización de los lugares, acompañada de una auténtica convicción en la disolución del espacio gracias al avance de la globalización.

En el primer grupo de argumentos, vemos que, carente de un sistema de conceptos que lo vinculen a la totalidad, el lugar se vuelve una metáfora más del vocabulario posmoderno. Si el lugar es sólo un fragmento, ¿cómo se explicarían los complejos procesos sociales de su construcción? No es el fragmento, la cosa en sí, que puede explicar el fenómeno, sino la totalidad. De allí que continúe siendo el espacio nacional, con sus respectivas mediaciones, el que permite la inteligibilidad de los procesos espaciales.

En el segundo grupo, se entrega la palabra a la economía mundial. La competitividad, el mercado mundial, el papel de la nueva cultura, los símbolos y signos globales son presentados como explicativos, ignorando la resistencia de los lugares y su proceso de singularización. La metáfora de la desterritorialización, tantas veces apoyada en la noción de red, pretende explicar la aceleración contemporánea, convocando también otra idea, tomada de la antropología y no por ello menos metafórica, que es la idea de no-lugar. La muerte de la región se agrega a este conjunto, amparada en el fenómeno de la rápida transformación del mundo contemporáneo. Incapaz de actualizar las propias categorías, la geografía cede lugar a las metáforas, las cuales dificultan el encuentro de un método explicativo y favorecen la proliferación de discursos.

De allí que, frecuentemente, se abandone la categoría sintética de la disciplina – el espacio – y las categorías que de ella se desdoblan – formación socio-espacial, región, paisaje, configuración territorial –. Paralelamente, se valorizan categorías, con frecuencia semejantes o las mismas, importadas de otras disciplinas.

Y, cuando es considerado, el espacio no es visto, sin embargo, como categoría central de nuestros esquemas sino sólo como dato (M. Santos, 1996a). De allí la recurrencia de las ideas de espacio como escenario e, inclusive, la idea de espacialización, que revela claramente que estudiamos fenómenos considerados *ab initio* económicos o sociales y, después, buscamos traducirlos en extensión – vista como sinónimo de espacio.

Otro estorbo de nuestros esquemas de análisis que se renueva es la tentativa de explicar todo por la industrialización, olvidando que ésta ya no es una variable determinante de la época. La urbanización, la agricultura, las redes materiales e inmateriales, el consumo parecen encontrar en el fenómeno de la industrialización, tantas veces ausente en nuestras naciones o por lo menos en buena parte de sus territorios, la base explicativa de las dinámicas socio-espaciales. Es la clásica visión eurocéntrica que, con demasiada frecuencia, se reproduce en nuestros países y, desde los principales centros nacionales, pretende ver la lógica o lo que es considerado incompletud de cada porción del territorio nacional. Lo que está presente en las áreas concentradas es visto de forma comparativa y directa como parámetro de lo que falta en los demás lugares. Éstos deben ser comprendidos a partir del período y no únicamente a partir de otro lugar concreto.

Por otra parte, es característica de nuestra época una cierta economía de pensamiento, impulsada por ciertas técnicas y ciertos discursos. Cuando todo parece reducirse a búsquedas predeterminadas, a cuestiones formuladas en otras realidades, a demandas no inocentes pero funcionales a las políticas corporativas, a los financiamientos fáciles, a los temas de moda, se cercenan los descubrimientos, los nuevos cuestionamientos, las incertidumbres, los caminos inesperados.

Las fuerzas productoras de la globalización y, por lo tanto, de la racionalización de la sociedad y el territorio, parecen conducir a la elaboración de una geografía más preocupada con las semi-verdades del período que con los hallazgos de nuestro tiempo. Somos invitados con insistencia y, también, gracias a una epistemología que acepta tranquilamente un objeto de estudio definido *a priori* como subalterno porque hecho sólo de trabajo muerto y fijo, a encontrar, a cada día, más las manifestaciones y menos las causas de los procesos de fragmentación socio-espacial. Y, como esas fuerzas son vistas de forma naturalizada, la geografía parece estar menos preocupada con la discusión de los eventos infinitos, de los bienes universales y más con la producción de límites, con los eventos finitos.

¿Nuestro papel será el de fortalecer una geografía moderna y fragmentada que aceptó el discurso de la pulverización, de la fragmentación del mundo y, en una verdadera paradoja, vuelve a describir sin comprender? ¿Estamos ante una geografía utilitaria en las técnicas y en las ideas?

¿Tendremos que aceptar, por falta de renovación teórica, el retorno de antiguas ideas, ahora *aggiornadas*, como la región mineralógica o las cuencas hidrográficas, escenario de negociación y *alma mater* de una planificación actual y funcional al sistema? ¿O será necesario adherir, sin cuestionar, a la llegada de nuevas ideas tan lugares comunes como ajenas a nuestra realidad, como *global city* o flexibilidad? ¿Será necesario aceptar la formulación de “soluciones” político-territoriales “encantadas” como los *clusters* y los sistemas productivos locales, verdaderas recetas de aplicación universal que, tantas veces, nos llegan de la mano de *experts* y corporaciones?

¿O nos curvaremos ante la técnica *per se* realizando en la epistemología aquello que los actores hegemónicos realizan en el mundo, es decir, hacer de la técnica un absoluto, volvernos prestadores de servicios o perder la palabra porque no tenemos la autorización técnica?

En definitiva, ¿estaremos obligados a desistir de la discusión sobre nuestro objeto de estudio: el espacio, sinónimo de territorio usado, delante de espectros nuevos o renovados?

Un enfoque existencial

Refiriéndose a la epistemología moderna como purificadora, Latour (1991) nos recuerda los dos polos y las diversas manifestaciones que marcaron la modernidad: naturaleza-sociedad, objeto-sujeto, razón-experimentación, cálculo-intuición, razón-sensibilidad. En ese contexto, siguió su rumbo una disciplina gravemente fragmentada: natural-social, general-particular, deductivo-inductivo, empirismo-formalización, saber práctico-saber teórico y tantas otras dualidades.

Nuestra época, en la cual el mundo se tornó uno por las interrelaciones técnicas, científicas, informacionales y financieras, no hay cómo explicar el mundo sin el lugar y el lugar sin el mundo. Esos mismos nexos, creadores de nuevas relaciones, son también nuevos elementos constitutivos del espacio, que impiden continuar considerando separadamente naturaleza y sociedad. Vivimos en un mundo de híbridos (Godelier, 1967; Latour, 1991), siendo el espacio el mayor de todos eles (M. Santos, 1996).

El espacio geográfico, nos enseña Milton Santos (1996), es más que el espacio social de los sociólogos, porque contiene materialidad. Podríamos también decir que es más que el espacio físico de los naturalistas o inclusive que el de los urbanistas porque contiene la vida, la acción. Y ciertamente, más que el espacio abstracto de los economistas y de los geógrafos cuantitativistas, porque sus contenidos son existenciales. El espacio es, al mismo tiempo, una construcción teórica y una realidad ontológica. Por eso tampoco puede ser visto, como quiere Werlen (1993), apenas como un concepto clasificatorio, un cuadro de referencia para los contenidos físicos de las acciones. El espacio contiene materialidad y ésta es un elemento de su existencia, condicionante de las nuevas acciones.

En esa sucesión de contextos, ayer y hoy, muchas geografías permanecen encadenadas a una visión del espacio como continente, una concepción geométrica, hecha de viejos y nuevos conceptos que privilegian la distancia. El centro de la reflexión epistemológica parece ser la extensión, un concepto clave o, aún más, una categoría, que lleva a una resignificación del vocabulario tradicional. Como vimos, la preocupación epistemológica es la extensión y la forma de su operacionalización, la distancia, autorizando a hablar de distancia-tiempo y de distancia-costos en geografía, amparados también en las reflexiones de las ciencias económicas (M. L. Silveira, 2005).

De ese modo, un autor como Brunet (2001), el lugar es un punto y el espacio es una porción. La diferencia entre lugar y espacio es determinada por la extensión. Una vez más, la idea de escala precede a la definición del lugar o del espacio. En otras palabras, el *zoom* que aplicamos sobre nuestro objeto de investigación es lo que nos dirá qué es el lugar, qué el espacio geográfico particular y cuáles son los atributos que vemos en ellos.

En un cierto sentido, esas epistemologías fundadas en torno de la extensión privilegiaron, desde el punto de vista del método, la razón y nunca la emoción. Lo que podemos formular y reconocer a partir de una epistemología de la extensión son los espacios de la racionalidad, esto es, los espacios que pueden ser explicados por la idea de distancia y por las diferentes formas de vencerla.

Quizás un camino alternativo sea abordar el espacio a partir de lo que podemos llamar un enfoque existencial (M. Santos, 1996b). Comencemos por considerar la idea de período no como tiempo abstracto y cronológico sino como un conjunto de posibilidades reales a disposición de los actores que viven ese momento. Por diferencias de poder económico y político, de localización, de cultura, de conciencia, los actores no tienen igual fuerza en la toma de tales posibilidades. El análisis de ese sistema temporal puede ser realizado cuando identificamos las variables-clave que lo definen. Encontramos un cierto consenso en la idea de que los motores de la vida actual son la tecnociencia, la información y las finanzas. En otras palabras, esas variables tienen un papel modelador de la economía, la sociedad, la cultura y el territorio, que es la realización de todas las instancias anteriores.

La forma en que esas posibilidades son tomadas y repartidas podría ser analizada de formas diversas: división social del trabajo, división territorial del trabajo, topologías, circuitos espaciales de producción, círculos de cooperación, entre otras categorías de una geografía que busca ser crítica. Cuando esas posibilidades reales se vuelven existencias concretas, por medio de la fuerza diferente de los actores, tenemos el pasaje de la sociedad que es el ser al espacio que es el existir (M. Santos, 1996b). Ese pasaje se da por los eventos, un movimiento de transformación, una forma de llevar las posibilidades a los lugares y tornarlas existencias concretas. Como lo que ya existe – base material, organización política incluida la cultura, las normas, etc. – tiene cierta inercia en el proceso de aceptar o rechazar los eventos, éstos tienen consecuencias diversas en los lugares, en los países. Esa es una de las manifestaciones del papel activo del espacio (M. Santos, 1996a; M. Santos et alli, 2000).

La idea de totalización de Sartre (1979) nos ayuda a comprender ese movimiento en que una totalidad haciéndose, que es el período, se transforma en una totalidad hecha, que es el espacio. Como es un movimiento de impactos selectivos, los eventos pueden ser clasificados. De allí que hablemos de acontecer homólogo, complementar y jerárquico (M. Santos, 1996a). Tales formas del acontecer representan modos diversos de realización de la existencia o, en otras palabras, las cosas y sus relaciones, los objetos y las acciones.

Las variables-clave, que son determinantes porque impregnan la forma de mandar, se vuelven dominantes cuando son capaces de producir grandes extensiones, cuando dominan la forma de trabajar y de vivir. Sin embargo, el espacio es una mezcla de existencias pretéritas, existencias nuevas y tendencias, con actores de fuerza diferente y, por tal razón, podemos decir que el espacio geográfico, sinónimo de territorio usado, es también sinónimo de espacio banal. Este es el espacio de todos y todo el espacio, de todos los actores independientemente de su fuerza, y de todos sus aspectos.

Ese es, tal vez, nuestro desafío. Elaborar un enredo coherente capaz de explicar la transformación de las posibilidades de un período histórico en existencias concretas – la empirización de lo real que es siempre relativa. De allí que no podamos ni abstraer completamente los funcionamientos generales como si su dinámica y desenlace fuesen regulares y previsibles, ni describir apenas la forma concreta, sin el esfuerzo de analizar las posibilidades reales y las existencias realizadas.

En el lugar lo universal se empiriza haciéndose un particular, pero sin negar lo universal. La totalidad – el período – se realiza diferencialmente. De allí la especialización de los actores y de los resultados en los lugares. Al encontrarse con el espacio preexistente, al que podemos llamar práctico-inerte (Sartre, 1979), el mundo de posibilidades se transforma en un mundo nuevo de existencias. Por eso mudan las formas contenido. Se crea el espacio banal, hecho de objetos y acciones perfectos que conviven con acciones y objetos imperfectos.

No es que no debamos observar lo que ocurre en otros lugares para entender un lugar determinado. Lo que sucede es que debemos mirar la totalidad – el período – y no lo particular, exactamente porque la totalidad se realiza por impactos selectivos, a partir de los eventos. Estudiando sólo las formas, materiales e inmateriales, nos limitamos a un enfoque comparativo y, a veces, insuficiente para explicar lo que sucede en el lugar que nos preocupa.

Veamos, ahora, el significado de las formas del acontecer de las que nos habla Milton Santos (1996a). El acontecer homólogo es la base de la construcción de áreas modernizadas, generando contigüidades que dan contornos a un área, como una región agrícola, un distrito industrial específico o cualquier otro tipo de especialización territorial productiva. La modernización del campo, de la energía, de la minería o inclusive la ocupación de lugares hasta ahora vacíos, como los procesos que vemos a menudo en la Patagonia y en la Amazonia, son existencias que resultan de ese tipo de acontecer.

El acontecer complementario es el que crea las nuevas relaciones entre la ciudad y el campo y ciertas relaciones interurbanas, orientadas por las demandas de una producción y circulación modernas y territorialmente próximas. Es la modernidad de la ciudad intermedia, del trabajo urbano, incluyendo el transporte, las finanzas, los servicios técnicos – en definitiva el trabajo ligado a las variables-clave del período. Es lo que hace que nuestras ciudades intermedias e inclusive metrópolis regionales crezcan, tengan más flujos, aumente el consumo e inclusive el empleo, dando una sensación de modernidad y de elevación del nivel de vida. Se densifica la división del trabajo y, en consecuencia, la cooperación. De allí el frenesí del movimiento tanto material como inmaterial.

Por fin, identificamos el acontecer jerárquico, hecho de órdenes e información que provienen de un lugar y se realizan en otro como trabajo. Es el caso de las dinámicas explicadas anteriormente, que son limitadas por los intereses provenientes de otro lugar. El acontecer jerárquico alimenta la racionalización de las actividades, cuya especialización territorial es intensa y cuyo comando es concentrado. De allí la

alienación de los lugares, la esquizofrenia del territorio, el crecimiento económico contemporáneo que está directamente relacionado a la producción de la pobreza.

¿Cómo entender esas existencias con un esquema preso a los límites del lugar o centrado en la extensión? Podríamos decir, parafraseando a Heidegger cuando hablaba de la historia, que la mala geografía es un monstruo autodestructivo porque el *dasein* – la situación concreta – se vuelve una cosa, un objeto. Es entonces cuando una disciplina se vuelve un inventario de cosas muertas, nos dice el filósofo; una geografía preocupada sólo con formas y límites, diríamos nosotros.

Cuando no vemos las relaciones o nexos, que son también existencias, no alcanzamos la explicación. Por eso, Milton Santos (1996a) asevera que, cuando la vocación de explicación falta a la geografía inicialmente, ésta no puede superar la descripción. Las relaciones no pueden venir después de las cosas. O vienen juntas o no las encontramos jamás. Estudiando la macroeconomía de una nación podemos sumar los datos, cuantificar los hechos, hacer las cuentas de todo lo que existe y constatar crecimiento y modernidad. Sin embargo, no llegamos a entender la pobreza porque faltan las relaciones intrínsecas que unen un cierto crecimiento a la producción de la pobreza o, dicho de otro modo, a las formas invisibles y subrepticias de concentrar la riqueza.

En virtud de cierta ceguera de las relaciones, la geografía parece haber tenido una vocación mayor para ver lo que es fijo. En los días de hoy, esas geografías geométricas y racionales continúan teniendo un papel básico en la edificación de las fuerzas económicas y científicas que están realizando la globalización, esto es, la formulación de espacios de puntos, de verticalidades, de redes, que coexisten, paradójicamente, con un concepto de región como una realidad pétrea. La consecuencia de semejantes distorsiones es la subordinación de nuestra disciplina a un papel menor. Es la superioridad de la razón y de sus resultados, que se pretenden extensivos, ostensivos, visibles. Tantas veces, geografías al servicio del mercado o de una planificación sesgada parecen tener, en su seno, la idea de que el mundo sólo se explica por la razón y el producto de la razón se relaciona a la distancia. Así, disminuyendo las distancias produciríamos la inclusión. No obstante, nuestro período histórico está mostrando el fracaso de esa idea. La disminución técnica de las distancias (tiempo,

costos, percepción), que bajo ciertas circunstancias hoy se desarrolla no asegura la inclusión. Contrariamente, asistimos a la implantación de objetos y al ejercicio de acciones que producen límites y totalitarismos.

El espacio actual: racionalización, límites y horizontes

Podemos reconocer cada momento de la historia por una determinada configuración del territorio o, en otras palabras, por el conjunto de existencias materiales como las infraestructuras y por una determinada organización de la vida política, económica y social. Producto del trabajo, esas existencias materiales y políticas son largas acumulaciones que permiten la implantación de nuevas formas de trabajo que se dividen entre las personas y los lugares.

El período contemporáneo produjo una extensión que crea una sinonimia entre planeta y ecúmene. Por lo tanto, la extensión así entendida no es solamente un escenario donde la vida se desarrolla, es un práctico-inerte, es el mundo que cada generación recibe de la generación anterior. Las posibilidades de la globalización iniciaron la transformación de un práctico-inerte, de una extensión heredada, que había sido producida por el mundo de siglos anteriores. Sin embargo, el práctico-inerte que define el mundo resultó de una elección posible. Había otras posibilidades. La extensión que es nuestra contemporánea no era ineluctablemente la construcción de grandes carreteras, uniendo los lugares más competitivos a los puertos. Tornar el mundo un espacio reticular era una opción posible, al tiempo que capilarizar las áreas más olvidadas podría haber sido otra forma de producir la extensión.

Ese es el proceso de empirización del tiempo. Éste se empiriza en extensión pero también en acciones, en nuevos sistemas organizacionales, en normas jurídicas, en formas culturales. El espacio es ese conjunto complejo de existencias materiales e inmateriales en permanente transformación. A eso denominamos territorio usado y estamos llamados a comprender su funcionamiento y no sólo sus formas y tamaños.

En cada porción del territorio nacional, la cantidad y calidad de las infraestructuras y de las políticas posibilitan el ejercicio, más o menos exitoso, de un

tipo de trabajo valorizado en el mundo contemporáneo. Por eso decimos que las existencias permiten la llegada de lo nuevo y que lo nuevo cambia los contenidos de las existencias anteriores y realiza otras. Las regiones dan valor al trabajo que en ellas se desarrolla y, recíprocamente, la llegada de nuevas existencias crea valor en las regiones. Son en general formas del acontecer homólogo y complementar, producto de la técnica moderna y de la información científica. Ambas son formas del acontecer ritmadas por la fuerza de un acontecer jerárquico, fundado en la fuerza de las normas y que, raras veces, se realiza en las regiones. Es lo que llamamos también de regiones del mandar y regiones del hacer (M. Santos y M. L. Silveira, 2001). Se produce una jerarquía entre las regiones del país. Por eso es que la instalación de formas y funciones modernas es antecedida por fuertes normatizaciones que preparan las respectivas porciones del territorio para el desarrollo de un cierto trabajo. Tales normatizaciones terminan por subordinar, desvalorizar o inclusive expulsar las demás formas de trabajo y existencia.

Esa historia paralela de las existencias y de los eventos, de las cosas y de las acciones, revela el modo en que el territorio es usado por la sociedad, y su análisis nos mostraría las respectivas formas de inclusión de las personas y de las regiones. Lo que no es incluido en esa repartición del trabajo privilegiada por la política de un país, pierde valor y, así, se empobrece.

Como las existencias consideradas modernas cambian su naturaleza y localización, al sabor de los eventos, los rostros y extensiones de la modernidad y de la pobreza varían en el tiempo. Incapaces de acompañar el paso del proceso de modernización, ciertas regiones y personas son excluidas de los bienes de la modernización sin, no obstante, dejar de ser su resultado.

El territorio nacional adquiere nuevas existencias y dinámicas, en virtud de las enormes posibilidades de la producción y, especialmente, de la circulación de los insumos, de los productos, del dinero, de las ideas e informaciones, de las órdenes y de los hombres. Es la constitución de un espacio moderno, reticular y fluido. Esa necesidad de crear condiciones para una mayor circulación justifica el énfasis, dado en las políticas nacionales, a la construcción de sistemas de infraestructuras y comunicaciones que faciliten el movimiento.

Tal unificación técnica del territorio se completa con la unificación del mercado. La fuerza difusora del consumo que, en el período actual, gana una velocidad antes nunca vista, impulsada por la propaganda y el crédito, se acompaña del comportamiento territorial de las grandes empresas. Las firmas más poderosas escogen los puntos que consideran instrumentales para su existencia productiva y dejan el resto del territorio a las empresas menos poderosas. Es una modalidad del ejercicio de su poder. Cuando se elabora un discurso que muestra lo que es resultado de una elección corporativa como si fuese la necesidad y el destino de la nación, se confunde la conciencia social y la privatización del territorio se vuelve sinónimo de modernización. Nada de eso se realiza sin el condimento de las ayudas del poder público.

Así, las variables propias del período tanto alcanzan áreas agrícolas como industriales y de servicios – un acontecer homólogo y complementar, que se caracterizan por su inserción en un circuito productivo global, por el predominio de relaciones distantes y, frecuentemente, extranjeras y por su lógica extrovertida – el acontecer jerárquico. En todos los casos, la presencia de la técnica, la ciencia, la información y las finanzas es decisiva. Si permanecemos en las morfologías y límites, difícilmente entenderemos el funcionamiento del lugar.

Sabemos que el conjunto de posibilidades del período es mayor que el de las opciones políticas realizadas. De allí que las existencias que vemos, si miradas críticamente, es decir, en sus densidades y escasez, pueden revelar que los actores que comandan la producción y el uso del espacio nacional son particularmente productores de límites, de una racionalidad que se vuelve irracionalidad para la mayor parte de la sociedad y que, cuando esto se torna evidente, los totalitarismos conquistan la vida social. Una epistemología existencial se preocuparía con el espacio banal, el espacio de todos y, por ello, no puede dejar de ver aquellas existencias que son, en realidad, limitaciones y totalitarismos.

Frente a una geografía tantas veces amenazada por tecnicismos y economicismos, por empirismos extremos que impiden teorizar o por abstracciones que se pretenden teorizaciones pero que no hablan de nuestras realidades, por metáforas o

teorías importadas, se nos presenta el desafío de producir una interpretación que no podrá olvidar los contenidos del territorio, hoy tan vinculados al control de la vida y del dinero, pero especialmente la necesidad de descubrir nuevos horizontes – materiales e inmateriales – para la vida de la sociedad como un todo.

Bibliografía

BAILLY, Antoine S. (coord.). *Les concepts de la géographie humaine*. Masson, Paris, (1 ed. 1984), 2 ed., 1991, pp. 43-53.

BRUNET, Roger. *Le déchiffrement du monde. Théorie et pratique de la géographie*. Belin, Paris, 2001.

FEHÉR, Ferenc. "La condición de la postmodernidad." In: HELLER, Ágnes y FEHÉR, Ferenc. *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. Península, 2 ed., Barcelona, 1994. pp. 24-51.

GODELIER, Maurice. *Racionalidad e irracionalidad en Economía*. México, Siglo XXI, 1967.

HARVEY, David. *A condição pós-moderna*. Loyola, São Paulo, 1992.

HEIDEGGER, Martin. *Essais et Conférences*. Gallimard, Paris, 1958.

JUILLARD, Étienne. "A Região: tentativa de definição". In: *Boletim Geográfico*, Transcrições, pp. 224-236. (*Annales de Géographie*, LXXI, n. 387, 1962).

LATOUR, Bruno. *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*. Éditions La Découverte, Paris, 1991.

SANTOS, Milton. *A natureza do espaço. Técnica e tempo, razão e emoção*. Hucitec, São Paulo, 1996a.

SANTOS, Milton. *El espacio banal, una epistemología de la existencia*. In Universitat de Barcelona, Solemne Investidura de Doctor Honoris Causa, noviembre 1996b.

SANTOS, Milton y María Laura SILVEIRA. "D'une Géographie Métaphorique de la Post-modernité à une Géographie de la Globalisation", in *Géographie, Économie, Société*, vol.2, n° 2, 2000, pp.401-413.

SANTOS, Milton y María Laura SILVEIRA. *O Brasil: Território e Sociedade no início do século XXI*. Record, Rio de Janeiro, 2001.

SANTOS, Milton et alli. “O papel ativo da Geografia. Um manifesto”, en colaboración con Milton Santos y otros, in *Território*, Laboratório de Gestão do Território – LAGET, Universidade Federal do Rio de Janeiro, año V, nº 9, julio-diciembre 2000.

SARTRE, Jean-Paul. *Crítica de la Razón Dialéctica*. Losada, Buenos Aires, 3 ed., 1979.

SILVEIRA, María Laura. “Escala geográfica: da ação ao império?”, in Revista *Terra Livre*, ano 20, vol. 2, n. 23, Temperos da Geografia, Associação dos Geógrafos Brasileiros, Goiânia, jul-dez 2004, pp. 87-96.

SILVEIRA, María Laura. “El espacio geográfico: de la perspectiva geométrica a la perspectiva existencial”, in 4ª. *Conferencia Internacional de Geografía Crítica*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Ciudad de México, 2005, (CD-R).

VALLAUX, Camille (1923) *Les sciences géographiques*. Paris, 1929.

VIDAL DE LA BLACHE, Paul (1922). *Principios de Geografía Humana*. Cosmos, Lisboa, 1954.

WERLEN, Benno. *Society, Action and Space*. Routledge, London-New York, 1993.